LA HISTORIA Y LA EXPERIENCIA

EN OPOSICION CONTRA EL [illegible]

DE BONAPARTE.

POR M. A. H. T. C.

MADRID

IMPRENTA DE LA CALLE DE LA [illegible]

[illegible]

[illegible]
[illegible]

LA HISTORIA Y LA EXPERIENCIA

EN OPOSICION CONTRA EL HEROISMO

DE BONAPARTE.

POR D. A. H. T. C.

MADRID

IMPRENTA DE LA CALLE DE LA GREDA.

1808.

Se hallará en la librería de Castillo, *frente á las Gradas de S. Felipe el Real.*

La decantada gloria de Napoleon se ha convertido ya en agonía. Vuestros escritos, vuestras adulaciones, vuestras baxezas intentaban presentarlo á la admiracion de los mortales como un genio benéfico, establecedor del órden que consolida los gobiernos: como un ingenio sin par, regenerador de las artes y de la industria con que se enriquecen las naciones: como un talento sublime protector de las ciencias, con que se ilustra el talento del hombre para hacer las delicias y la felicidad de sus semejantes. La historia mentirosa de ese númen tutelar, en cuyo poder confiais á la manera de la famosa Ciropedia, es mas bien una pintura de lo que debiera ser Napoleon, que una exâcta é imparcial narrativa de lo que ha sido.

Pero la verdad y la razon no

se subyugan por mucho tiempo á la violencia. Disípanse, quando ménos se esperaba, las sombras que obscurecen el brillo de la primera; y el poder de la segunda vence los obstáculos de la injusticia con una intrepidez que aterra á los iniquos. El genio de la historia siempre ha confundido la arrogancia francesa, por mas que ella nos presente sus héroes imaginarios con unos caractéres tan bellos como distantes de la realidad. Os lo probaré.

Cuenta no poca antigüedad vuestra propension á honrar con el título de *Grandes* á los monarcas que os han gobernado; pero siempre tuvisteis la mala suerte de que el consentimiento de las naciones se haya resistido á vuestro dictámen.

Van á cumplirse diez siglos que pretendeis este título, bastante difícil de adquirir, para Cárlos el hijo de Pipino el *Breve*: y á despecho de tan tenaz porfia, jamas podrá el segundo príncipe de la

estirpe Carlovingia purificar la mancha con que afean su gloria los recuerdos de Roncesvalles. Nunca se olvidarán las palabras de Eginard, que describiendo la derrota de su mano, confesó: *que esta herida recibida en los Pirineos, ahogó á Cárlos la mayor parte de las felicidades conseguidas en España, y que no le fué posible la venganza, ni volver por el honor de sus banderas.*

El entusiasmo de vuestra nacion ha querido presentarnos á Enrique IV con el nombre de *Grande*: pero el conde de Fuentes resistió y domó el ímpetu de su arrojo en Cambrai, Chatelet y Durlan, que fuéron testigos de la derrota de los franceses, cuyo monarca ciertamente no logró el renombre que le dais, miéntras aquel gobernador de los flamencos estuvo al frente de los exércitos de España. Tampoco lo gozó quando las Guiches y las Verneviles con sus caricias hiciéron mas de una vez perder el fruto de

sus victorias al primer soberano de la séptima línea de vuestros príncipes.

Luis xiv, aquel monarca tan elogiado de vuestros escritores, aquel cuyas glorias se eleváron hasta intentar hacer de su persona una apotéosis política, estuvo tan léjos de merecer el dictado de *Grande*, que ántes bien, reconocida su mala fe, muchas ilustres plumas se viéron precisadas á escribir, que las infracciones de tratados con los príncipes vecinos podrian formar una historia completa de la vida política de un soberano que tanto confiaba en la fuerza de las armas. El grave empeño que se le ofreció de sostener en España los derechos de Felipe v, no experimentó siempre constante á Luis, pudiéndose decir con verdad que las batallas de Brihuega y Villaviciosa, debidas al esfuerzo de casi solos los españoles, afirmáron para siempre en las sienes de Felipe la corona que tantas y tan poderosas cortes coligadas intentaban arrebatarle.

Franceses: desgraciados fuisteis en los conatos de presentar al teatro político con el título de *Grandes* tres monarcas de las legítimas dinastías; pero no sois mas felices quando os atreveis á ensalzar los extraños, á hacerlos venerar como héroes de la *Grandeza*, y á darles asiento en el trono de vuestros mismos soberanos. Por dos veces lo habeis intentado, ámbas con perjuicio del honor de los españoles: y por otras tantas habeis tenido que sentir, escarmentados, tan arrogante y jactanciosa temeridad. Un griego y un corso mereciéron vuestra preferencia: pérfido el uno, sacrílego y alevoso el otro, disipándose en humo sus baladronadas, no gozáron tranquilamente las satisfacciones con que se dexáron alucinar.

Bien sabido es que el dominio de los godos españoles en el siglo séptimo se extendia por lo interior de Francia, teniendo los monarcas la soberanía de Langüedoc, Foix,

Narbona, Bearne y Gascuña. Así es que el rei Wamba dominaba todos estos paises como legítimo rei de España. Mas el general Paulo, griego de nacion y de fe, hombre disimulado y astuto, que teniendo dañado el corazon, sabía encubrir su malignidad, y ganarse con su falso trato, sino el amor, á lo ménos el concepto y veneracion de las gentes: este general, digo, á quien el monarca fió el castigo de la Galia Narbonense, que se habia manifestado rebelde, tuvo la osadía de serlo él mismo, y hacerse proclamar en Narbona *rei supremo del oriente, y terrible destruidor de todos los males.* La resistencia que los franceses hiciéron á Wamba fué igual al empeño que formáron de sostener al intruso.

Pero los españoles supiéron vengar completamente la injuria de su monarca. Nimes fué el campo de la venganza nacional, el teatro de las glorias españolas, y el término

fatal de los insultos de Paulo. Vencido este, prisionero, lleno de ignominia, se le conduce á Toledo. Entra en ella montado sobre un jumento, raida la barba, la cabeza rapada, y en ella una corona de cuero, siendo el rei burlas que hizo brillar con todo el esplendor de la magestad al verdadero rei, cuyo triunfo llenó de regocijo á sus fieles vasallos. La ruina del tirano fué un exemplo terrible á los malvados que usurpan el trono á que no los conduxo otro derecho que el de la ambicion, la astucia y la perfidia.

Franceses: ¿ha escarmentado vuestra nacion con este mal suceso? ¿Debió él jamas apartarse de vuestra memoria? ¿No dió motivo á san Julian de Toledo para escribir aquella famosa declamacion que tan al vivo pinta las tramas de los iniquos, siendo al mismo tiempo un monumento eterno de la eloqüencia del Santo y del valor de los españo-

les? ¡Ah! nuestro siglo ha visto con horror y con lágrimas la repeticion de una parte de aquella tragedia. Se espera verla concluida dentro de poco tiempo con satisfaccion de los verdaderos franceses, y con aplauso universal de las potencias de Europa. Todas se interesan en las resultas, porque todas toman parte en vuestra felicidad.

En efecto, ¿no viéron todas en nuestros dias encenderse un fuego voraz en lo interior de Francia, que tomando pábulo en los tronos, y en los que los ocupaban ó tenian derecho á ocuparlos; en los templos y altares, y en los que estaban consagrados á su servicio y custodia; en los doseles de la divina magistratura, y en los que la exercian segun los derechos de una sabia y antigua constitucion: no viéro, repito, que este mismo fuego extendia sus furiosas llamas para incendiar al universo? Las conmociones populares, dirigidas sin plan

y sin objeto circunstanciado, fuéron un pretexto, como lo han sido siempre, para desahogar los odios personales, y para conducirse al establecimiento de las opiniones absurdas con que los ingenios orgullosos querian conciliarse crédito á costa de las autoridades políticas y religiosas.

Ello es que la Francia temió acercársele su completa desolacion. Toda la Europa se vió en la necesidad de alarmarse para contener el ímpetu de los facinerosos, cuyos insultos aspiraban nada ménos que al trastorno de toda potestad legítima. El gobierno mas injusto por mas sanguinario era el mas respetado de los franceses. Los nombres lisonjeros de paz, de armonía, de igualdad, de fraternidad, de salud y de seguridad pública servian de velo para la tiranía, para el pillage, para el asesinato. Los gefes que presidian á cada nuevo gobierno, adoptaban una hipocresía

de estado siempre contraria al extremo que motivó la muerte ó la deposicion de los que les precediéron. Así es que siempre reinó el dolo, la perfidia, la doctrina de Maquiavelo, hasta que un hombre oscuro, un hombre que no pudo encontrarse en Francia, un hombre á quien el temerario arrojo, y cierta vil é infame condescendencia, mas bien que la prudente fortaleza de ánimo, hiciéron preferir entre los fanáticos entusiastas de la libertad, fué puesto al frente del gobierno para conservarla; pero se la quitó á los mismos que lo exâltáron, y formó el plan de borrar sus derechos sometiéndolos á la mas bárbara esclavitud. Beneficios tan extraordinarios legitiman la posesion que ha tomado de tantos paises Napoleon Bonaparte en el concepto de los franceses.

La ambicion desmedida de este usurpador cree ser mui estrechos los límites de gefe subalterno para

el exercicio de su poder sanguinario. Como general quiere tener sujetos á los demas gefes. Como consul se hace que le reconozcan por diez años. Como prorogado intriga hasta declararse vitalicio. Como perpetuado se adjudica el poder hereditario, quando se reserva el derecho de la eleccion. Como hereditario enreda, pasmando á toda Europa, hasta ser proclamado emperador.

¿Y á quien debe todas estas glorias? ¿Al pueblo que le reconoce? ¿A los departamentos que lo piden? ¿A la nacion que lo promueve? ¡Ah pérfido! Desapareció ya tu mentido heroismo. Él está en contradiccion con la historia y la experiencia. Como tú quieres persuadir á otros que todos los príncipes, hasta tu exâltacion, fuéron en todas partes opresores del pueblo, brindas á este con la libertad que jamas ha logrado ninguno de tus súditos: seduces á este mismo pueblo: fascinas á sus gefes: decides

con arrogancia: exclamas en tono de oráculo inspirado: *Escuche aquel que tiene oidos para oir. La hora de la resurreccion política ha llegado para todos los pueblos que gemian baxo la opresion.*

Precedidas semejantes arengas en Egipto y en todas las regiones por donde transita Napoleon, cuenta para sus ascensos los votos de los franceses: abre registros en que se hagan constar; pero lo executa de un modo que el temor de un poder vengativo preocupa la libertad de las elecciones. No son los votos secretos: el que los da se ve en la precision de poner su nombre y rúbrica en seguida de su dictámen. El temor del resentimiento en un poderoso no permite que dexe de aterrar la imágen de la venganza. El interes y la gloria de la patria se sacrifican á una vil lisonja y á un indecoroso envilecimiento. Violentada la mayor y mas sana parte de aquel desgraciado pais,

se pretende por los partidarios del tirano quede sepultado el odio con que le detestan los hombres de bien. Napoleon los ciñe con doradas cadenas que forja él mismo: cadenas que deslumbran con su falso brillo, y que no son apreciadas por opresores de la libertad. ¡Libertad! ¡Ah! ¡Que libertad ha de haber jamas donde se extienda el brazo de un usurpador! ¿Y que tirano puede presentar legítimos títulos para la usurpacion? Napoleon no los presenta para entrar en Egipto, y hacerlo colonia de la Francia. Napoleon dice á Suleyman en la extravagante conferencia de las pirámides unas palabras que siempre estarán contra el violador de todos los derechos. *Si el Egipto es posesion del mameluco, manifieste la escritura que Dios le ha hecho.*

Sagrado vicario de Cristo en la tierra, emperadores de Alemania y Rusia, reyes de Nápoles, Cerdeña, Portugal, Prusia, Dinamarca, Suecia

é Inglaterra; repúblicas de Venecia, Génova, Holanda, Luca y Ragusa; príncipes electores y demas de la antigua consititucion germánica; ya me parece que os veo á todos tomarle la palabra á este monstruo de los bandidos, y clamar todos unánimes á la faz del universo: *Si la Europa es posesion de Bonaparte, que enseñe la escritura que Dios le ha hecho.*

Decis muy bien, príncipes augustos; pero entre vuestro dicho y el de aquel ladron insidioso aparece la notable indiferencia en que él habla para robar mas á salvo, y vosotros hablais para manifestar la injusticia con que se os despoja.

De manera que aunque el sumo pontífice no reconozca en Napoleon, quando recibe la consagracion y la diadema, un Pipino de Francia que destina á su propio hijo para que venere cien millas ántes de la capital al sucesor de san Pedro: aunque no se encuentre con un sobe-

rano que sale en persona con toda la real familia para recibirle á tres millas de la corte : que se arroja de su caballo, se hinca de rodillas, besa su pie ; le acompaña como escudero al lado de su litera, y le concede quanto le pide á favor de la silla apostólica : aunque no reciba de Bonaparte obsequios iguales á los que experimentó el papa Esteban en el sucesor de Pipino: aunque por último se vea despojado del patrimonio de san Pedro, sienta la separacion del sacro colegio, llore vulnerados los derechos mas inviolables, y respetados aun por los Alaricos y los Atilas: sin embargo Pio VII no debe manifestar su resentimiento; porque Napoleon todo lo executa por decretos á que es imposible resistirse. Él mismo lo asegura, y es menester creerlo, porque así lo testifica en su original diálogo con los muftis: *Si yo por órden superior he disminuido las posesiones temporales del*

gran vicario de Cristo, he procurado defenderle y ampliarle las espirituales y celestiales... ¡Pero no es fuerte cosa que desde que el benignísimo Bonaparte dixo tales palabras, se rompen los cascos hombres que no son lelos, y al cabo de tantos dias las han encontrado tan verdaderas como los textos del Alcoran!

Por mas que los príncipes y monarcas del siglo presente sufran el dolor de ver desquiciarse los tronos en que estaban colocados, debiendo la soberanía á los derechos mas legítimos, no por esto deben persuadirse á que esto sea violentarlos ó despojarlos.

La razon es clara, si traemos á la memoria que en 27 de diciembre de 1804 ha declarado el verídico Napoleon á la cabeza del cuerpo legislativo: *Que no quiere ensanchar el territorio de la Francia; pero sí mantenerlo íntegro. Que no tiene la ambicion de exercer en Europa mayor influxo; mas no quiere decaer del*

que ha adquirido. Que ningun estado se incorporará al imperio; pero no sacrificará sus derechos, ni los vínculos que le ligan á los estados que ha creado. No crean pues los soberanos á sus propios ojos, ni á sus funestas experiencias, que estan pugnando con una declaracion tan modesta, tan solemne, tan autorizada; pero crean sí, que nadie ha mentido en el mundo con mas descaro ni mayor desvergüenza que Napoleon.

Sí, potentados de Europa, que veis esas nuevas coronas de Nápoles, de Italia, de Holanda, de Westfalia, de Wurtemberg, de Saxonia, fabricadas con el oro y las riquezas que os ha robado el padre del latrocinio: no temais: él exclama: ¡*Desdicha, y tres veces desdicha para aquellos que buscan las riquezas perecederas, y que solicitan el oro y la plata, semejantes al lodo!* ¡Vaya! ¡Si no parace sino que los anacoretas de Egipto, los cenovi-

tas de Palestina, y los ascetas del Asia, resucitan asombrados, salen presurosos de sus humildes sepulcros, y vienen dóciles á tomar lecciones de este nuevo héroe de la pobreza evangélica! Tal es su doctrina teórica. ¿Y la práctica? Tan parecida á aquella como Napoleon á un rei de España.

Franceses: yo vuelvo á dirigiros la palabra. Está ya descubierta la vanidad de vuestro empeño. Cárlos, Enrique y Luis, vuestros reyes legítimos, fuéron soberanos buenos para sus vasallos, pero no dignos de que las naciones los aclamen *Grandes* por antonomasia. Paulo y Napoleon subiéron al trono que les preparáron sus ardides y sus violencias. Se hiciéron dar ámbos títulos pomposos, para los quales jamas tuviéron el mas pequeño mérito. No se ha contentado el entusiasmo veleidoso de los prosélitos de la iniquidad con el renombre de *Grande* para el último. Un atrevi-

miento sacrílego y escandaloso usurpa los atributos con que el Ser supremo se distingue de las criaturas La vil lisonja proclama *Todopoderoso* al monstruo de toda maldad. Pero el Ser supremo ha tratado ya de castigar al impio. Ha confiado la venganza de sus ultrajes á la tierra que ya no le puede sufrir. La España por demasiadamente fiel, por excesivamente sumisa, por indisolublemente ligada al precepto de su monarca, tuvo la desgracia de apoyar sin restriccion las resoluciones del feroz Caco de la Europa, y del Merlin de la diplomacia.

Mas en el momento de descubrir que ella misma debe ser sacrificada con la dinastía que la gobierna por la enmascarada barbarie de aquel que se intitulaba *Protector de la España*, en aquel punto se reviste de su antiguo carácter. Se acuerda de los tiempos y dias aciagos en que por las divisiones intestinas de la discordia experimentáron nuestros

mayores alternativamente el yugo de los fenicios, de los cartagineses, de los romanos. Se acuerda que la desunion ciñó á los *godos españoles* por mas de siete siglos con las prisiones de los árabes. Se acuerda que la oposicion de intereses en las memorables *comunidades* hizo derramar inútilmente arroyos de sangre en lo interior de nuestra península. Se acuerda por último que las contradicciones formáron de la metrópoli de nuestra Andalucía un objeto para las justas iras de la reina católica Isabel, cuya prudencia sola pudo tranquilizar los ánimos de los naturales, divididos por las facciones de Ponces y Guzmanes que inconsideradamente corrian á exterminarse.

Pero tampoco olvida España que quando la union, la concordia y la buena fe reináron en la península, burlaban la astucia mercantil de los fenicios, despreciaban la perfidia de la Grecia, resistian la mala fe de

Cartago, inutilizaban las impudentes arterias del senado de Roma, arrojaban al Africa la infame raza de los árabes, contenian el poder desmesurado de los ricos-hombres; y haciendo que la España fuese formidable á los extraños, la conciliaban el respeto y la admiracion del universo.

Así es, que tratando los españoles de defender su patria, su rei, su católica religion contra un tirano que la insulta, que la sorprehende, que la profana, les parece que oyen decir á un Tito Libio, que los españoles son una gente feroz, que no puede vivir sin pelear: á un Francisco I de Francia que aseguró sacaban las armas del vientre de sus madres, y nacian armados: á un Peterborug que viniendo á apoyar los derechos de Cárlos de Austria contra Felipe de Borbon, exclamó al entrar en España: *hemos venido á dispertar á estos leones; algun dia nos pesará.* Pesóles, y bastante.

Franceses, ¿y os pesará á vosotros? ¿Les pesará á vuestros fanfarrones generales? ¿Le pesará al robador de todos vuestros derechos? Despertásteis ya al leon. Se ha esperezado. Ha sacudido sus guedejas. Ruge; y sus rugidos despiertan los generosos cachorros de todas las provincias. Sus garras se preparan á destrozar vuestros exércitos. Las eras de Zaragoza, los campos de Manresa y Tarragona, las huertas de Valencia y las sierras de Andujar no pueden contar las víctimas que sacrifica á su justa venganza. ¿En donde está el héroe que os defendia en Marengo, en Jena, en Frieland, en Austerliz? En aquellos campos de batalla movió armas que en España se han embotado. En aquellos campos reinó la perfidia sobre el valor que jamas abandonan los españoles. En aquellos campos se formó la mentida relacion de triunfos imaginarios que desconoce nuestra península.

El nombre de vuestro emperador va seguido en ella del desprecio y del aborrecimiento. Ya está recorrido el alfabeto de los nombres ignominiosos y de los adjetivos infames, aplicándolos á vuestro predilecto corso, sin que las voces hayan servido de desahogo al justo resentimiento de los españoles. Ellos corren á las armas con un heroismo de que no hay exemplar en las historias. Murat, el digno substituto de su buen cuñado, con el dolo y la astucia extrae de Madrid la espada de Francisco I, que nuestros mayores conquistáron con el valor. Conducid ahora al museo Napoleon, pero con cuidadoso esmero para no desgraciarlo, el gracioso edificio del Escorial. Pues si no quereis que aquella espada nos recuerde á Pavía, este monumento miéntras esté en España nos reproducirá la memoria de San Quintin. No tengais ese remordimiento; mas tampoco tendreis el gusto de que

la dinastía de Bonaparte ocupe el trono de la España, privada de tales recuerdos de su antiguo valor. El carácter del déspota se ha descubierto por la experiencia. Los españoles lo aprecian en lo que vale.

Un oficial frances ha dicho, que *Napoleon posee el arte de las batallas; pero carece del don de ganar carazones*. Pues sepa Napoleon que los destinados para monarcas de España, si no reinan primeramente en el corazon de los verdaderos españoles, jamas reinarán en la península. Cuéntense los corazones conquistados por Josef Bonaparte, y quedarán contados los votos que tiene el cetro de España. Decídselo al mismo: decídselo á su hermano: decídselo á toda su estirpe recien sacada de la obscuridad y de los ángulos mas recónditos de la Europa. Decid á todos ellos, y sabed vosotros, que preguntando un gran político, y grande afecto á Felipe v., ¿que hacian los andalu-

ces quando desembarcaban en Rota los ingleses y aliados? y diciéndosele que huian y abandonaban sus casas y caudales, retirándose tierra adentro, respondió: *pues rei tenemos*.

Y ahora que todos los españoles no huyen, sino se arman: ahora que no desamparan sus casas, sino las fortifican: ahora que no abandonan sus caudales, sino los ofrecen para la defensa comun: ¿no dirá todo buen político: *pues rei tenemos*? ¿Y quien es este rei? Fernando VII: el general y únicamente amado Fernando VII: el que á pesar de Napoleon, y de sus jactanciosos axîomas, *tiene once millones de amigos, aunque ha dexado de ser dichoso*: esto lo sostiene con la espada y con el exemplo *un pueblo á quien nadie puede vencer, porque quiere ser independiente*, si no falla el oráculo de la Córcega.

Esta es la voz universal de la España, de un pais en que no se

encuentran Suleymanes, Ibraines, ni Muhamedes que se estremezcan y se queden con la boca abierta al oir decir al padre de las patrañas enfáticas: *un carro celeste subirá por mis órdenes hasta la morada de las nubes, y baxará el rayo sobre la tierra por un hilo de metal, quando yo lo haya mandado.*

Por nada de esto temen los españoles. Saben ellos mui bien que en Sevilla, Sargadelos, la Cavada, Toledo, Albacete, Placencia y Villafranca se imprimen muy eficaces conjuros contra aquellos meteoros y otros semejantes que forma en el ayre y en la tierra la carcomida y vacilante *omnipotencia* de Bonaparte.


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm